

## **Fragmento de *Avenida de la Luz*, de María Zaragoza**

La entrada estaba donde el abuelo había dicho: tras lo que había sido la pantalla y que ahora aparecía como una extraña boca abierta. Al verla, no pudieron obviar que estaban frente a algo especial, único. Un mundo nuevo escondido tras la Avenida de la Luz, un pasaje que en otros tiempos había estado lleno de vida, tiendas y gente paseando, un pasaje que habría formado parte de una Barcelona subterránea, una Barcelona distinta que podría haber salido perfectamente de uno de esos relatos de ciencia ficción que tanto le gustaban a Laura. Y que, sin embargo, se había dejado ir, se había abandonado a su suerte, se había permitido que muriera de desidia con el resto de la ciudad tapiada debajo. Eso había contado el abuelo Herme, y en ese momento, frente al estrecho pasadizo en que no podía distinguirse nada salvo la oscuridad, todos lo creían con fervor casi religioso. «El hombre, ese animal extraño que crea maravillas para más tarde relegarlas al olvido», pensó Bea. Y a su mente vinieron las imágenes de las ruinas de las ciudades de la Antigüedad y de las estatuas mutiladas de lo que fueron sus dioses.

Los seis jóvenes experimentaron la sobrecogedora sensación de estar a punto de penetrar abruptamente en la historia, de estar a punto de violar algo sagrado en su ruina. Incluso Arturo, con toda su bravuconería, permanecía en silencio y parado. Esos segundos previos al descubrimiento: un minuto antes de que Rodrigo de Triana gritara «¡Tierra!». El segundo anterior a que la manzana de Newton golpease la cabeza del descubridor de la gravedad. El momento que precedió al famoso «¡Eureka!». Así se sentían ellos parados ante la entrada, con la reverencia del que no sabe si entrar o girarse en redondo.